

GRAN TEATRO DEL LICEO

Empresa: JOSÉ RODÉS

PROGRAMA OFICIAL (Provisional)

Martes, 25 de Noviembre de 1930

10.^a DE PROPIEDAD Y APONO

A LAS 8 Y MEDIO EN PUNTO

CUARTA A MARTES

TRISTAN E ISEO

El drama lírico en 3 actos, música del maestro

RICHARD WAGNER

Maestro Director: GEORG SEBASTIAN

Director de escena: VICENZO DELL'AGOSTINO

REPARTO

ISOLDA	SRA. Helene Wildbrun
BRANGANIA	> Rosette Anday
TRISTAN	SR. Gottheif Pistor
REY MARKE	> Paul Bender
Kurwenal	> HERMANN WIEDEMANN
Melote	> JOSÉ JORDÀ
Un marinero	> VICENTE GALLOFRÉ
Un piloto	> CONRADO GIRALT



POLYDOR

MARCA REGISTRADA

Rosette Anday

en TRISTAN E ISOLDA

Exclusivamente en discos

POLYDOR

Cia. FONOGRÁFICA, S.A.-Pza. Cataluña, 17

ARGUMENTO

ACTO PRIMERO

Cubierta de un navío

La acción se desarrolla sobre la cubierta de un navío durante la travesía de Irlanda a Cornualles (condado del Sud de Inglaterra). La escena representa una tienda montada con ricos tapices en la proa de la nave, que sirve de camarote a Isolda. Esta, princesa de Irlanda, es conducida por el caudillo Tristán, sobrino del rey Marke de Cornualles, en cuyo nombre ha ido a buscarla como prometida esposa del monarca.

Al alzarse el telón, aparece Isolda recostada en un diván, con el rostro escondido entre los almohadones, y acompañada por su fiel doncella Brangania. Desde uno de los palos de la nave, un joven marinero, invisible, entona una canción de añoranza a la amada que deja en Erin (antiguo nombre de Irlanda). Isolda, al oír la canción, la toma por una burla dirigida a ella y levántase sobresaltada, mirando con azoramiento a su alrededor. Al comunicarle la sirvienta que la travesía tocará en breve a su término, estalla la princesa en una sarta de furiosas imprecaciones, invocando a los elementos para que se desencadenen y destruyan la nave, sepultándola en el mar con todo su contenido. En vano intenta Brangania consolarla e indagar la causa de tan terrible aflicción. "¡Aire! ¡Aire!" exclama aquélla por toda respuesta y ordena abrir las cortinas que cierran el fondo de la tienda.

Entonces se divisa la nave en toda su extensión hasta la popa. En torno al palo mayor vese a la tripulación tumada al suelo y ocupada en el arreglo de la jarcia; cerca del timón, un grupo de caballeros y escuderos, también tendidos por el suelo, y algo distante, en último término, se divisa a Tristán en pie, con los brazos cruzados y contemplando pensativo el mar. A los pies del caudillo yace con indolencia su fiel escudero Kurwenal.

Isolda, revelando a la vez sus sentimientos amorosos por Tristán y su enojo ante el menoscenso de que éste la hace objeto le envía a Brangania con la orden de que comparezca inmediatamente a su presencia. Mas el héroe rehusa, cortés y respetuoso a un tiempo, alegando no poder abandonar ni un instante el timón, para así conducir segura la nave a la tierra del rey Marke. Reitera la doncella la or-

den de su dueña y entonces se interpone Kurwenal para dar, con el consentimiento de Tristán, una irónica respuesta, entonando un canto de júbilo por la muerte que éste dió al guerrero Morold, antiguo prometido de Isolda, canto que es coreado con entusiasmo por toda la tripulación.

Irritada con creces la princesa ante tanto ultraje, se decide a revelar a la sierva, ya de regreso a su lado, la causa de su infortunio. He aquí el relato de Isolda, cuyo conocimiento se hace indispensable para la recta comprensión de la obra.

En una misera barquilla, arrojada por el mar a las costas de Irlanda, yacía un hombre gravemente herido y en peligro de muerte. Isolda acudió a socorrerle y, adiestrada por su madre en artes mágicas de curación, dedicóse a restañar las heridas del desconocido con ungüentos y jugos balsámicos. De pronto, un día descubrió en la espada de éste una mella a la cual se ajustó exactamente un pedazo de acero que guardaba Isolda, pedazo que, clavado en la testa de Morold, le fué enviado a aquélla para testimoniarle sarcásticamente la muerte de su prometido. Terrible grito lanzó Isolda al reconocer con ello en aquel miserable que se ocultaba bajo el nombre de Tanris, al propio Tristán. Alzando la espada de éste, que tenía todavía en sus manos iba a vengarse del enemigo exhausto a sus pies, cuando una dolorosa mirada suya, dirigida no al arma sino a los ojos de la doncella, infundióle tal lástima, que insensiblemente el hierro deslizóse de sus manos.

Una vez curado por completo, el guerrero regresó a su patria jurando eterna gratitud a su salvadora. Y por toda paga ha vuelto ahora Tristán a Irlanda, esta vez en bajel de alto bordo, a pedir la mano de la princesa heredera del trono, mas no para sí, sino para su anciano tío, el rey Marke de Cornualles, tributario de la corona irlandesa.

Enamorada, con todo, del altivo héroe que, en vez de cumplir su palabra, va a entregarla a otro hombre, Isolda se rebela al pensar en semejante suplicio e invoca ante la muerte para ella y para quien así la traiciona. En vano intenta Brangania apaciguar a su señora; ésta le recuerda las artes mágicas que aprendió de su madre y da orden a la sirvienta de traerle el cofrecillo que aquélla le entregó al despedirse, lleno de venenos y contravenenos para utilizarlos en los trances de la vida. De entre todos los frasquitos allí contenidos, escoge Isolda el que oculta el veneno más activo: el brebaje de muerte.

En esto, los gritos de la tripulación, acompañando a la maniobra de aferrar el velamen, indican el pronto término del viaje. Para anunciarlo, preséntase en la tienda Kurwenal, rogando de paso a la princesa, de parte de su dueño, que se prepare para ser en breve presentada por éste a su futuro esposo. Ella le contesta ordenándole manifieste a Tristán su negativa, si antes no se presenta él a implorar su perdón. Y mientras el escudero se dirige a transmitir la respuesta, Isolda, en un nuevo rapto de furor, despidese del mundo y manda a la sierva que prepare la poción antes designada y ahora extraída de la arquilla por la propia dueña.

Abrense de nuevo los tapices del fondo y aparece esta vez Tristán en el umbral de la tienda. Su actitud muda, mezcla de altivez y de respeto, prolóngase largo rato, al par que Isolda, presa de honda emoción, le contempla en silencio. Ambos procuran ocultar el verdadero sentimiento amoroso que anida en sus almas. Por fin, la hija de Irlanda vitupera al caudillo su conducta, profiriendo lamentos y amenazas que son acogidas con respuestas breves y frías. El diálogo crece por momentos en fuerza dramática, hasta que Isolda echa en cara a su rival el homicidio que se interpone entre ambos, la muerte de su prometido Morold, que ella juró vengar y que el culpable no ha expirado todavía. Entonces Tristán tira de su espada y se la ofrece para que tome venganza por su propia mano, clavándola firme en su pecho y no dejándola caer como antaño. Isolda se siente desarmada ante la firmeza del héroe y le brinda en cambio las paces con la bebida de reconciliación que le ofrece en frases irónicas.

Nuevas exclamaciones de júbilo de la tripulación anuncian el inminente arribo a tierra. Sin tiempo que perder, Isolda da la señal a Brangania para que le sirva el consabido brebaje y avanzado con el ánape que lo contiene, preséntalo a Tristán. Este, al oír las voces de echar anclas, da orden en contra y aceptando el convite de Isolda, le arrebata la bebida de sus manos para llevársela a los labios, después de pronunciar con acentos heroicos el juramento expiatorio. Isolda, dispuesta a compartir su suerte, se la arrebata a su vez y apura el resto de la poción.

Ha llegado el momento sublime. Ambos, sobre cogidos por la más intensa y pavorosa emoción, permanecen largo rato inmóviles, como petrificados, contemplándose de hito en hito. Sus rostros se transfiguran, y con sus gestos pa-

san de la expresión de un frío desprecio de la muerte, a la de una ardiente pasión amorosa, hasta que finalmente caen rendidos en brazos el uno del otro.

Entre tanto Brangania se retuerce las manos en el colmo de la desesperación. Por haber querido evitar la catástrofe, trocando, astuta, el brebaje mortal por el filtro amoroso, se da ahora cuenta de que sólo contribuye a la desventura de los amantes, condenándoles a una vida de dolores sin límites en lugar de la muerte redentora.

Tristán e Isolda vuelven de su pasmo sin saber darse cuenta de lo que les ocurre. La llama amorosa oculta en sus corazones se inflama con gran fuerza y ambos, en el más apasionado transporte, proclaman en alta voz la pasión que les devora. (Téngase bien presente que este amor no nace por arte de magia con la bebida del filtro, sino que dimana de aquella primera y dolorosa mirada, descrita por Isolda.)

La cubierta del navío aparece ahora llena de caballeros y tripulantes haciendo manifestaciones de júbilo hacia la playa, que se divisa ya cercana y en ella una colina coronada por un castillo. Mientras Kurwenal y Brangania lo comunican a sus respectivos dueños, las trompetas del rey anuncian la llegada de éste con su séquito al buque, en el momento de correrse la cortina.

ACTO SEGUNDO

Frondoso parque del palacio de Marke

A un lado la fachada del aposento de Isolda, al cual se llega por una escalinata. Junto a la puerta, estacada en el muro, una antorcha encendida. Noche de verano, clara y apacible.

Mientras el rey con su séquito marcha a una cacería, Isolda espera en el jardín la llegada de Tristán. Las trompas de caza resuenan aún, indicando la lejanía de la partida real.

Brangania expone a su señora la sospecha de que aquella salida, tan a deshora improvisada, no sea más que una estratagema del cortesano Melot, amigo íntimo de Tristán, que no ha sido correspondido por Isolda en sus pretensiones amorosas y quiere vengarse descubriendo al rey esta cita. Isolda rechaza tales temores y ordena a la sirvienta que apague la antorcha, señal convenida para que se acerque su enamorado. Y viendo perpleja a Brangania

en cumplir su mandato, la propia Isolda extingue la llama arrojando al suelo la antorcha con trágico ademán, al par que exclama: "Aunque fuera ésta la luz de mi vida, no titubearía un momento en apagarla." La fiel sierva, llena de terror, sube a una de las almenas del castillo, quedando en acecho con objeto de poder evitar la temida catástrofe.

Isolda, a la luz de la luna, hace repetidas señales con su chal para atraer al adorado. Llega, por fin, éste impetuoso, y ambos se unen en el más ardoroso abrazo. Comienza entonces la grandiosa escena de amor que ocupa la mayor parte del acto. Los amantes se entregan a una maravillosa exaltación poética, admirándose de la mutua obcecación que les ha tenido separados tanto tiempo, al paso que ahora acaban de derribar todas las barreras que se oponían a su dicha. El diálogo se hace altamente simbólico y lleno de profundas imágenes, sintetizadas por los vocablos **Día** y **Noche**, que encierran la clave de esta escena de amor. El Día es para ellos la imagen del mundo real, con todas sus falsedades y apariencias vanas; la Noche, el reino de la sombra y del misterio, de la verdad ideal y el amor infinito.

Juntas sus almas en un solo hálito, Tristán e Isolda entonan el inspiradísimo himno a la Noche, majestuosa sinfonía que canta los esplendores y armonías de aquel ambiente impregnado de poética y profunda paz, hasta que por fin ambos amantes se unen en el más voluptuoso de los éxtasis.

La voz de Brangania advierte por dos veces desde su atalaya que las tinieblas de la noche van disipándose para ceder en breve su lugar al radiante día. El aviso sólo sirve para enardecer todavía más a los enamorados, quienes, al divisar la proximidad del astro odioso que ha de volver a separarles, invocan, en un cántico sublime, a la Muerte, como única solución a todos los obstáculos y mentiras de la vida y a los futuros dolores de sus almas.

La tragedia se precipita súbitamente. Delatados en efecto, por el cortesano Melot, los amantes son sorprendidos por el rey Marke, que se presenta de improviso con su séquito. El soberano, ofendido en su dignidad, traspasado de dolor, prorrumpió en las quejas más amargas, motivadas más que otra cosa por la traición de la amistad de su sobrino. Ni una sola palabra de desdén lanza contra Isolda (conviene observar que del texto wagneriano se

deduce, naturalmente, que los desposorios no se han celebrado todavía) y el único sentimiento que embarga al monarca es la aflicción ante la falta del ídolo de su vida. Tristán. Este, convencido de su culpa, y no hallando palabras con qué defenderse, decide partir hacia el país de las tinieblas, a la región de la nada, de donde es imposible volver. Y después de invitar a Isolda a que le siga, reta en desafío al traidor Melot, mas sin servirse del acero que acaba de desnudar, lanza su cuerpo contra el arma del cortesano, que le hiere en el pecho y cae en brazos de Kurwenal, mientras el rey contiene a Melot.

ACTO TERCERO

Burgo natal de Tristán en Kareol

El trágico drama amoroso se desenlaza en Kareol, lugar de Bretaña, donde subsiste abandonada y en medio de ruinas, la hacienda paterna de nuestro héroe. El fiel escudero cargó con su cuerpo exánime, después del desafío, y le condujo a la tierra natal.

Aparece Tristán tendido sobre una yáciga, bajo un enorme tilo, en la terraza de la derruida mansión solariega. El caramillo de un pastor oculto, que lanza al aire los sones de una triste melodía, despierta a Tristán del sueño soporífero y le hace evocar recuerdos de su infancia. En el delirio que consume al héroe, van desfilando por su mente los principales episodios de su existencia, pero todos los pasados dolores se funden en el supremo que origina el martirio de la ausencia, junto con las ardientes ansias de contemplar de nuevo la imagen de la mujer adorada.

Kurwenal, que no se separa un momento de su lado, trata de consolarle, notificándole que ha enviado a Cornualles un mensajero en busca de Isolda. El profundo sopor del doliente transformase entonces en delirio amoroso, haciendo vislumbrar en su febril ilusión la llegada de la nave que conduce al objeto de sus ansias y único alivio para sus sufrimientos. Pero de nuevo la melodía triste del pastor, a quien Kurwenal ha puesto de vigía para anunciar el feliz arribo, le hace volver a la realidad. Entonces el héroe se entrega a una dolorosa melancolía que crece por momentos hasta que, en medio del más exaltado delirio, alcanza el paroxismo de la desesperación y le lleva a maldecir de todo cuanto le retiene ligado a la vida, sintetizado en el símbolo del fatal filtro de amor.

Sucede al terrible delirio un nuevo aplanamiento de

aquel cuerpo exhausto. Entonces Tristán, como un iluminado, tiene la clara visión de los acontecimientos que se aproximan. Exaltado por la fiebre de sus ansias, cree en realidad vislumbrar la nave que se aproxima conduciendo a Isolda, impaciente por verle y por curarle. Y ¡oh, prodigo! así es en efecto. Momentos después el caramillo del pastor, cambiando esta vez de aire, deja oír ahora una melodía alegre, señal convenida con Kurwenal, para anunciar la aparición del navío.

En un transporte de júbilo al apercibir la nave sobre el mar, el escudero se precipita hacia el puerto, para recibir a la viajera, y entonces Tristán, solo y desazonándose, se entrega a un supremo delirio que acaba con sus escasas fuerzas. Al oír la proximidad de la amada, arranca el vendaje que cubre su herida y ésta mana a borbotones mientras él, desfallecido, con un supremo esfuerzo, salta de la yáciga y lánzase tambaleando al encuentro de Isolda. Llega ésta resollando y como presintiendo la inminencia de la catástrofe. En efecto, el héroe cae exánime en los brazos de Isolda, y pronunciando por vez postrera el nombre de la amada, que queda truncado en sus labios, deslizase hasta el suelo su cuerpo inanimado. En vano le llama ella, rogándole que viva todavía unos pocos instantes para poder saborear su dicha, hasta que faltándole también las fuerzas, cae desfallecida sobre el cuerpo de Tristán.

Al poco, llega en otra nave el rey Marke, quien ha salido en pos de Isolda en compañía de Brangania, Melot y otros cortesanos. Kurwenal, con la ayuda del pastor y del piloto de la nave que condujo a Isolda, cierra el paso a los recién llegados. Entáblase enconada lucha, durante la cual el fiel escudero mata de un tajo al traidor Melot, pero Kurwenal es, a su vez mal herido traidoramente por otro del séquito y se desploma, expirando a los pies de su amo.

Marke, que, enterado por Brangania del secreto del filtro, venía a perdonar y desposar a los amantes, permanece como petrificado a la vista de aquel cuadro terrorífico. En tanto Isolda, inconsciente del hilo de vida que aún le resta, entona en loa de Tristán el incommensurable canto de Muerte, himno glorificador de tan aciagos amores, hasta que por fin, ya transfigurada, expira en brazos de Brangania, cayendo exangüe sobre el cuerpo de Tristán, mientras Marke bendice solemnemente los restos de aquella sublime tragedia de amor.